



**L**a afición a las «riñas» de gallos entra en su declive. Nosotros, que no pretendemos sentar plaza de moralistas, tenemos que reconocer, sin embargo, que esta decadencia está justificada y que resulta, incluso, positiva. Y lo decimos a riesgo de suscitar las iras de los aficionados que contra viento y marea defienden la vigencia de estas competiciones, con todas sus implicaciones, y quizá principalmente por éstas. El «reñidero» no es sólo lugar de cita para los que se solazan contemplando las peleas a muerte de los gallos luchadores: es también un centro de apuestas de primer orden, donde se cruzan desafíos de no pequeña envergadura. Esta característica constituye, sin duda, un factor importante en la explicación sociológica de su supervivencia que, desde luego, no se fundamenta en la amplitud del público seguidor. En efecto, los «reñideros» se componen de un «circo» donde se desenvuelven las peleas y de unas gradas de muy escaso aforo. Hablamos, naturalmente, de los «reñideros españoles». En otros lugares, y muy especialmente en Méjico, las peleas de gallos responden a una tradición muy popular y en consecuencia la afición alcanza una mayor extensión.

La noticia que hoy da lugar a nuestro comentario respalda, en cierto modo, la hipótesis que aventuramos al



# LAS PELEAS DE GALLOS

comienzo acerca de la decadencia de este espectáculo entre nosotros. El único «reñidero» de gallos que queda en España — así lo afirman sus mantenedores y no disponemos de pruebas que contradigan esta aseveración — es el «Circo Gallístico de Córdoba». Pues bien, este «circo», que tiene ciento diez años de historia a sus espaldas, no cumplirá ni uno más. Instalado en la finca número 3 de la calle cordobesa de Capuchinos, a muy poca distancia del Cristo de los Faroles, la casa ha sido oficialmente declarada en ruina inminente.

El «reñidero» de Córdoba está ligado — y no sólo por su estructura — a la tauromaquia. Su primer propietario fue Rafael Molina Sánchez, «Lagartijo», que pagó por el recinto la cantidad de sesenta mil reales. Luego pasó a manos de Pepe Díaz, el dueño de la taberna «Mazantini» y más tarde a José María Roldán, que lo rigió durante mucho tiempo. Con una historia tan larga no es raro que este «circo» constituya la referencia de un sinnúmero de anécdotas: en ocasiones las peleas entre gallos se reflejaban en las gradas y así se cuenta que el bandolero «El Pacheco» llegó a utilizar su navaja en una discusión con otro apostante. Y se dice también que, al creerle muerto, «El Pacheco» se refugió en la sierra y se dedicó al pillaje. Los toreros — y Córdoba ha sido generosa en

anotar nombres históricos en la nómina de la fiesta — han dado pruebas en todas las épocas de su afición a las peleas gallísticas. En este breve graderío, próximo a la ruina, se sentaron «Lagartijo», «El Espartero», «El Litri» y «El Cordobés», para presenciar el duelo librado por sus propios gallos.

En unas recientes declaraciones, el más veterano de los aficionados cordobeses, don Baldomero Milla Gracía, llegó a manifestar su deseo de comprar el «reñidero», pero no prosperó su proposición.

Las peleas de gallos cuentan también con su temporada, que se inicia el primero de enero de cada año y finaliza el treinta de junio. El calendario de este espectáculo abarca los domingos y días festivos. No creemos que se deba lamentar demasiado la desaparición de las peleas. Naturalmente, los más apasionados entre los aficionados, no admitirán nuestro razonamiento. Sin embargo, diremos que en un momento en que nuestro país pone su reloj en hora, no esté mal que desaparezcan formas de diversión en cuyo corazón anidan halagos e instintos que por la crueldad e incluso el sadismo que — en los casos más extremos — contienen, no sintonizan con actitudes actuales.

(Fotos FIEL y KEYSTONE)



Por su crueldad, las peleas de gallos han sido prohibidas en casi todo el mundo. Arriba vemos la escena final de una «riña» fuera de la ley, celebrada en la ciudad australiana de Sidney: terminó con la intervención de la Policía. En nuestro país, las peleas de gallos están en decadencia. El «Circo Gallístico» de Córdoba, tal vez el único que queda, va a desaparecer, porque la finca de Capuchinos, 3, donde se halla instalado, ha sido declarada en ruina inminente. A la izquierda — junto a estas líneas —, un gallo real de pelea que regalaron a «El Cordobés» en la plaza de la Maestranza.